

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dár ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

NATURALEZA

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS.

Dentro de la Iglesia sociedad universal de los fieles se han formado en todos tiempos bajo su inspiracion sociedades ligadas con especiales vínculos y dirigidas á un objeto preferente. Dios las ha ido suscitando no conforme á la tendencia del siglo sino contra ella precisamente para corregirla y rectificarla; austeras y penitentes en época de molicie y sensualidad, estudiosas y trabajadoras en medio de la ignorancia y del marasmo, humildes y mendigas en frente del orgullo feudal y de la codicia mas desenfadada, disciplinadas y obedientes hasta la estincion de la voluntad propia ante la anárquica emancipacion de los espíritus, benéficas y caritativas en el apogeo de la frialdad y del egoismo. Tal es la historia de los institutos religiosos, y tal el secreto de su fuerza vital, que conservan mas ó menos contra cualesquiera embates, segun el grado en que deja sentirse la necesidad que los produjo. Ninguno tan combatido, y sin embargo ninguno tan floreciente y tan lleno de porvenir como el de los jesuitas, porque es el mas apropiado al remedio de la gran llaga del siglo, de la rebelion en todas las esferas; y no es lo mismo, téngase muy presente en las dolencias del cuerpo y del espíritu, llenar las *necesidades* que satisfacer las *exigencias*.

En nuestros dias, con el objeto de avivar la llama de la caridad mas bien que con la

mira humana de resolver temerosos problemas sociales, hemos visto propagarse rápidamente de un extremo á otro del universo la sociedad de S. Vicente de Paul, cuyos miembros dulcemente estrechados entre sí y con los pobres, atienden por via de la limosna al mejoramiento moral de estos mejorándose á sí mismos. Todos los terrenos, todos los climas han sido favorables al desarrollo de esta preciosa semilla; á todas las diferencias de carácter nacional, de sistema de gobierno, de estado social se ha adaptado tan admirablemente, que sin perder nada de su unidad de espíritu y aun de reglamento ha parecido peculiar é indígena de cada pais. Que no le hayan faltado en ninguno contradicciones, calumnias y aun persecucion violenta, ora de parte del suspicaz y absorbente cesarismo, ora de los sañudos instintos de la revolucion, prenda es esta de su cristiano origen y de su providencial destino; y se explica fácilmente que no los desarme su carácter pacífico y modesto, ni su completa abstraccion de la política, ni sus cuantiosos beneficios materiales y los que dispensa mucho mayores en el órden social y religioso, observando que estos son cabalmente sus agravios y culpas imperdonables para los enemigos de la libertad de la Iglesia y para los trastornadores de la sociedad.

Con las conferencias de S. Vicente, no temo proclamarlo, tienen notable analogía las naciescentes asociaciones de católicos. Ambas, aunque sumisas á la voz de los preladados y

respetuosas y deferentes con el sacerdocio hasta en lo que no toca precisamente al ministerio espiritual, constituyen una especie de milicias seculares con su propio régimen y organización, acordes en objeto con las eclesiásticas, pero diferentes en carácter. Derivando de la Iglesia todo su vigor y eficacia, recibiendo de ella su sanción, consagrándole sus esfuerzos todos, si marchan separadas del clero, no es por estratégico ardid ó vergonzante disimulo, no por miedo ó lisonja á las modernas prevenciones, no por temeraria rivalidad ó presuntuosa competencia, sino para auxiliarse con mejor resultado y con mas libertad de acción en las distintas esferas de que le aleja su estado ó que le cierran injustas desconfianzas. En el hogar doméstico y en la vida pública, en la cátedra y en la prensa, en la propiedad y en la industria, en el ejercicio de su respectiva profesión ó trabajo, en los grandes focos y en los mas apartados círculos, á todas horas y de mil modos explícitos ó indirectos pero siempre dignos, pueden ejercer su influencia los jefes y los miembros de familia sin distinción de rangos ni condiciones, y unidos y eslabonados entre sí formar la gran cadena eléctrica á cuya vivificante sacudida no haya rincón inaccesible. Hijos somos todos ya que no ministros de la Iglesia; deber es de los que vivimos en el mundo desagradarla de los ultrajes del mundo y secularizar la defensa como se ha secularizado el ataque.

Campo mas dilatado todavía que á los socios de S. Vicente se ofrece á la actividad de los nuevos afiliados. Las obras de caridad cifran y concretan la atención de aquellos; entre estos, aunque no ajenas á su instituto y hasta pudiendo llamarse latamente de caridad todos sus actos en cuanto se inspiran en el amor de Dios y del prójimo y tienden al bien verdadero é inmortal así de amigos como de adversarios, se combinan y relacionan con la empresa general de afianzar y mantener por cualesquiera medios legítimos los derechos y la acción espedita del catolicismo. Aquellos se reclutan en las clases acomodadas ó de mediano bienestar para suministrar socorros á

la indigencia; en esta asociación empero todos caben por humilde que sea su condición y su fortuna, y aun á los últimos se dirige con preferencia el llamamiento, como á mas débiles y necesitados de amparo y de enseñanza y mas espuestos á la perversion de ideas y de costumbres. Las tareas de aquellos por su misma índole benéfica evitan modestamente la publicidad, sin sustraerse por esto al mas hostil exámen; las nuestras necesitan las mas veces manifestarse exteriormente como consagradas á la profesión pública de las mas altas creencias y de los mas poderosos sentimientos. Aquellos ponen á la vez su mira en el perfeccionamiento interior y en el provecho ajeno, juntando tendencias ascéticas á la activa propaganda; nosotros, sin descuidar la reforma personal y la práctica de las virtudes cristianas sin la cual seria estéril el celo mas ardiente y vana declamación la mas privilegiada elocuencia, debemos alistarnos y desplegar ostensiblemente nuestras fuerzas para una cruzada, pacífica sí y legal, pero mas enérgica y perseverante que si hubiera de apelarse á las armas.

Orar en los templos ó en el retiro, fomentar la esplendidez del culto, escitarse mutuamente á la devoción y á la observancia de las máximas evangélicas, atender al remedio de cuantas necesidades temporales se puedan imaginar y muy principalmente á la salvación de las almas, tal es el objeto de innumerables congregaciones instituidas para nuestros antepasados y aun ahora existentes en mucha parte. No han caducado, no, seguramente, pero tampoco alcanzan por sí solas á prevenir riesgos y á sanar males no experimentados antes ni conocidos. Eficaz es la oración, lo sabemos, y muchas veces los brazos levantados á Dios en la cima del monte deciden el triunfo mas que los que luchan en el campo de batalla: poderoso es el ejemplo de una conducta intachable, de una sincera y sólida piedad, de una familia cristianamente regida, de beneficios privadamente derrainados. Algo mas no obstante se requiere desde que á nombre de la libertad trata de conmoverse la religión y la sociedad que sobre ella descansa. Bajo el

despotismo de los emperadores paganos, bajo la opresion brutal de Enrique VIII de Inglaterra, bajo la guillotina de los terroristas de 1793, no quedaba mas recurso que confesar la fé y morir; pero á la sombra de instituciones libres y de un gobierno que no ha abdicado hasta aquí solemnemente las creencias nacionales, el silencio y la inaccion no tendrían escusa. La ley pone en nuestras manos armas preciosas, libertades de peticion, de sufragio, de asociacion, de imprenta, de enseñanza, de cuyas ventajas absolutas podremos dudar en principio, pero no dejarlas en desuso una vez otorgadas: desde luego los derechos de ciudadano se trasforman en deberes de católico. ¿Las soltaremos por indiferencia ó desidia, ó nos las dejaremos cobardemente arrebatadas de nuestros enemigos? De hoy mas, sepámoslo, cualesquiera sean las vicisitudes que la Providencia destina á la España, se cumplirá en el concepto social lo que respecto del individuo, de sus luchas íntimas y de sus quebrantos particulares pasa por una verdad tan filosófica como cristiana: *milicia es la vida del hombre sobre la tierra.*

J. M. Q.

VINDICACION PÓSTUMA.

En pleno parlamento, sesion del 24 de Febrero, pronunció el ministro de Gracia y Justicia estas palabras:

«Otro acto mio es la disolucion de las Conferencias de S. Vicente de Paul. Ya llegará la ocasion de tratar este asunto que exige gran detenimiento; yo la espero y la deseo, y entonces diré cual es el origen extraño por cierto, cual la organizacion un tanto masónica, cuales los medios y cual el objeto de estas Conferencias. El objeto segun sus panegiristas es la caridad; segun su reglamento es otro muy distinto, aunque no nos dice cual. Yo tampoco lo diré; no lo sé, como no lo saben la mayor parte de los hermanos de esas Conferencias, instrumentos ciegos de un poder misterioso y desconocido que reside en Paris como el Gran Oriente del masonismo. Pero si no lo saben, quizá nos pudieran dar algunas esplicaciones acerca de esto los que prepararon y dirigieron el movimiento de San Carlos de la Rápita, los que prepararon y perpetraron el horrible asesinato del gobernador de Búrgos, entre los cuales hay tres hermanos de S. Vicente de Paul. (Aplausos.) Hay tres hermanos de S. Vicente de Paul, uno de los cuales ha sido condenado por el tribunal á veinte años de cadena.»

Los actos despóticos reclaman en su apoyo acusaciones gratuitas. Era necesario exhumar la víctima muerta por el decreto de 19 de Octubre para infamarla de oficio en el seno de la representacion nacional.

Pero en vida la sociedad no hubiera podido defenderse, porque se lo vedaba su espíritu de abnegacion; muerta, pueden volver por ella los que se glorían de haber sido miembros suyos.

El objeto de estas conferencias *no lo sabe* el ministro, y sin embargo las disolvió. Si hubiese visto el reglamento, sabria que su fin primero es la edificacion ó perfeccionamiento de los socios, la salvacion de sus almas y de las de sus semejantes; las obras de caridad no son mas que el medio, pero medio muy principal. ¿Y con ignorancia tan supina ó con desden tan afectado de sus bases y principios, *espera y desea* el ministro la ocasion de tratar el asunto con *gran detenimiento*?

Instrumentos ciegos de un poder desconocido y misterioso tantas personas de toda edad, opinion y categoría en la escala social é intelectual, tantos políticos y hasta tantos buenos liberales! Y no se ha traspirado todavía el secreto! mas afortunado ha sido que el masónico. Hombres hay que juzgando por sí é inspirándose de sus recuerdos, ven por todos lados tinieblas y conjuraciones. Nuestro Gran Oriente está en Roma, no en Paris; allí enviamos, no esas sumas fabulosas que se suponen y de las cuales como de cosa propia podríamos disponer sin misterio ni tapujo, sino nuestra adhesion y obediencia; de allí recibimos la bendicion que nos vigoriza. Nuestro centro es el de la Iglesia, nuestra organizacion la de la Iglesia.

«Que prepararon *quizá* el movimiento de San Carlos de la Rápita» lo mismo pudieran haber preparado el glorioso de Setiembre último, distinto de aquel principalmente por el color político y por el éxito, y nada hubiera hallado qué decir de su moralidad el Sr. ministro. Pero ni en uno ni en otro caso habrían obrado como socios de S. Vicente los individuos comprometidos. Lo que hubo entonces incumbia averiguarlo á la Union liberal que á

la sazon gobernaba y alguno de cuyos ministros perteneció á las Conferencias.

Y ese reo condenado á veinte años de cadena por el asesinato del gobernador de Burgos, ¿era en realidad socio, ó pobre socorrido un tiempo por la sociedad? ¿Los otros dos son tambien convictos ó simplemente encausados? No estrañe el ministro la desconfianza que incluyen estas preguntas; sobrado la motivan las ligerezas y calumnias de la prensa respecto de clases é individuos respetables, absueltos por el tribunal? ¿Por qué en lugar de la tea de venganza no alumbrada de una vez este triste asunto la luz de la verdad? por qué no aparecen los resultados del proceso? No los teme la sociedad. Y dado que se pruebe el delito de un miembro suyo, ¿se podrá acusarla en general de tener por objeto, de llevar por mira el asesinato? Horror causan estas frases en un ministro, y mas horror aun los aplausos en una cámara.

¡Débil revolucion la que, á despecho de las libertades que proclama, tiene que arrojar de su camino, como dijo al abrir las cortes el general Serrano, esas asociaciones poderosas llenas del espíritu del antiguo régimen, temiéndolas como obstáculo y tropiezo! ¿Dónde están los exclusivos privilegios, dónde los caprichos autocráticos contrarios á la ley, en cuya virtud se habia formado la de S. Vicente? Sin proteccion del gobierno, con su mera aprobacion existia; con privilegio del gobierno, con su oficial recomendacion se ha intentado crear en vez de aquella la de los Amigos de los pobres, infeliz aborto que no ha llegado á ver la luz, triste parodia como la de las Hermanas de la Caridad remedadas por los anglicanos!

En la asociacion de católicos estamos, no todos, no solos, pero muchos de los socios de S. Vicente. Nuestra reunion actual no está mejor garantida que la anterior, siempre que la revolucion la considere como obstáculo y tropiezo. Lo sabemos, Sr. Presidente del poder ejecutivo: *Cæsar, morituri te salutant.*

J. M. Q.



HABLEMOS CLARO (*).

En todos tiempos y paises las contiendas por cuestiones religiosas han sido las mas vivas, duraderas y terribles; y es porque los intereses religiosos despiertan una fe, un ardimiento que otros intereses no aciertan á despertar en tan alto grado.

Por esto la religion tiene mártires, las demás causas tienen víctimas.

Esta observacion general, comun á todas las épocas y á todos los pueblos, nos aconseja poner una atencion especialísima en las cuestiones religiosas recién suscitadas en España. Si por su índole han de dar origen á contiendas vivas, duraderas y tal vez terribles, bien será que lo advirtamos con tiempo: no sea que la voz de alerta nos sorprenda durmiendo en el descuido, ó que sospechando ser pasajero lo que tiene trazas de duracion, desatendamos el suficiente acopio de armas ofensivas y defensivas.

La lucha que comienza ahora, será larga. Del éxito que tendrá no dudamos un momento. Durante la lucha nos sorprenderá tal vez la muerte; pero morirémos, guardando arraigada en el corazon la fe en el triunfo.

Nuestros hijos seguirán sosteniendo la lucha; por esto conviene que les demos alto ejemplo de conviccion y de valor. A nuestro lado aprenderán lo que les enseñemos; desanimados y cobardes serán, si ven en nosotros desánimo y cobardía; si somos valientes y decididos, serán ellos decididos y valientes.

Si las fuerzas hubiésemos de gastarlas en provecho propio, único y exclusivo provecho propio, podríamos ver y calcular lo que mas nos conviene: cuando no se trate sino de nosotros, seamos enhorabuena dueños de hacer de nosotros lo que bien nos parezca. Pero no se trata de esto; se trata de intereses religiosos, no de intereses personales; se trata de afecciones que nos son comunes, de intereses que son colectivos, que alcanzan á la generacion presente, y que han de trascender á las venideras; se trata de ideas que han de influir poderosamente en los destinos de la patria, en su modo de ser, en su prosperidad; se trata de aprobar ó desaprobado lo que ha constituido el elemento predominante en nuestra historia, lo que ha sido el alma y la vida del pueblo español en todas las grandes manifestaciones de su virilidad; se trata de que nuestro porvenir corresponda ó no corresponda á nuestro pasado, y de que el presente sea el comienzo de ese porvenir.

Véase pues como no se trata de intereses personales y de clase: la cuestion es de patriotismo y de honra. Si entre los españoles hay algunos que se

(*). Del *Sentido Comun*, excelente revista que se publica en Barcelona, tomamos el presente artículo, admirable por su decision y nervio, leído públicamente dias pasados en nuestra Asociacion con general aplauso.

crean autorizados para no interesarse por la honra nacional y por la patria, señálese con el dedo, y bórrese su nombre de la lista de los hombres útiles.

Para esa lucha que comienza, no exigimos sacrificio alguno de convicciones, no. Piense cada cual como quiera, pero cuide mucho de obrar en conformidad á lo que piense. La lucha ha de ser grave y decisiva; alístese cada cual en la bandera que le acomode: no pretendemos hacer coacción á nadie sino á los que traten de levantar bandera de neutralidad. Aquí no se toleran los neutrales, ni los indiferentes, ni los apáticos, ni los curiosos espectadores. Si los hay, aléjense á donde no los veamos; porque á los apáticos é indiferentes en cosa que tanto vale y tanto puede, ni los querrémos á nuestro lado si somos vencedores, ni dejaríamos de mirarlos con desprecio si fuésemos vencidos.

Nosotros vamos á tomar decidida parte en favor de una bandera. Los enemigos no nos espantan, fórmense en batalla todos cuantos quieran; frente á frente los queremos: no hemos de contarlos, pero queremos verlos.

Mas antes de disponer en órden nuestras fuerzas, queremos ver también á los amigos con quienes contamos. No necesitamos ver su número para tomar aliento: seámos de nuestra parte muchos ó seámos pocos, nos batirémos con igual denuedo; pero queremos desembarazarnos de neutrales y cobardes, no sea que formásemos con ellos un cuerpo de reserva que, en vez de ayudarnos, se desbandase en lo mas recio de la lucha. Antes que amigos tibios y apáticos á nuestro lado, preferimos verlos como enemigos en frente.

Lo hemos dicho y lo repetimos. Los contrarios no han de amedrentarnos por mucho que crezcan, por mucho que griten y alboroten; pero los que se dicen partidarios de nuestra bandera, y son bastante apáticos para no poner de su parte el menor esfuerzo, podrian ser mañana traidores. No los queremos á nuestro lado, no podemos quererlos: para el bien general conviene que los pongamos entre dos fuegos á fin de que sean los primeros que sucumban. Cuando no tengamos neutrales ni indiferentes, el campo será nuestro.

Si hemos escrito algo que no esté conforme con el sentido comun, estamos dispuestos á borrarlo; pero conste que no hemos tratado sino de hablar claro. Los sinceros amigos de nuestra bandera no se han de ofender de que deseemos verlos y conocerlos; un amigo que no da la cara, no es amigo. Y por otra parte, los enemigos no podrán ménos de reconocer nuestra lealtad, cuando les pedimos que se pongan en frente: los que quieren ofender y atacar, y no lo hacen de frente, no son enemigos, sino asesinos. Como enemigos leales los tratamos; por esto les pedimos que se pongan en frente.

Nadie por otra parte tiene derecho alguno á quejarse de nuestra pretension, porque no hay ley, ni razon, ni justicia que en esta cuestion amparen á los apáticos é indiferentes. Si en las cuestiones políticas el derecho de gentes ampara á los neutrales,

en cuestiones de honra nacional y de conciencia no hay derecho alguno que proteja la neutralidad. Y aun suponiendo que ese derecho existiese, seria inaplicable al presente caso.

Tratarémos de demostrarlo.

¿De qué modo han venido á suscitarse en España las cuestiones religiosas? ¿quién las ha promovido? ¿se ha derramado acaso por nuestra patria una nueva irrupcion de bárbaros que traten de justificar su título? ¿son por ventura gente extranjera y advenediza los que se ponen en frente como enemigos en las cuestiones religiosas? De ningun modo.

Nuestros enemigos en la lucha religiosa son españoles. Hijos de una patria que nos es comun, ellos y nosotros hemos recibido de la tradicion y de la historia un mismo legado. Comunes nos son las glorias de lo pasado, comunes las alternativas de lo presente, comunes las esperanzas de lo porvenir. Si hubo grandeza y prosperidad para España en otros tiempos, todos queremos ver consignado en nuestra genealogía un reflejo de esa prosperidad y grandeza.

Pues bien; si todos procedemos de un mismo origen, si todos nos hemos nutrido de una leche, ¿por dónde ha comenzado esa diversidad que ahora nos divide y nos pone frente á frente? ¿quién ha dado el primer ejemplo de esta escision y divergencia? Si todos hemos nacido católicos, si todos nos hemos educado católicos, ¿por dónde y cuándo se ha introducido entre nosotros la honda y perturbadora divergencia que nos separa y clasifica? No puede haberse introducido sino por virtud y gracia de nosotros mismos.

De ser sincero católico á combatir el catolicismo, vá algo mas que un paso: son dos extremos entre los que media una distancia respetable y grande que puede recorrerse á pasos grandes y pequeños, pero que no se gana de un salto. Las etapas por las que se vá del primero al último punto son la tibieza, la indiferencia y la inmoralidad.

De los católicos sinceros y decididos nadie habria tomado nunca mal ejemplo; pero hubo católicos que enseñaron tibieza, y no faltaron discípulos que la aprendieron, y dando un paso mas, hicieron gala de indiferencia. Con la indiferencia y la tibieza se dió origen á la inmoralidad, y por este camino se llegó á las presentes divergencias.

¿Qué católico español puede tener seguridad de no haber dado ejemplo de tibio, de indiferente, de inmoral? ¿qué católico español no habrá contribuido á relajar el celo religioso y la pureza de la moral? Los que hayan alcanzado perfeccion tan señalada, pueden coger la primera piedra y tirarla; pero los demás hemos de considerarnos como fomentadores de esa disidencia religiosa que ha surgido en España. Examínese cada cual atentamente, y comience á calcular la tibieza que habrá derramado como un contagio con el ejemplo de su propia tibieza, la indiferencia que habrá sembrado con el ejemplo de su indiferencia, y la inmoralidad agena que habrá promovido con el ejemplo de la inmoralidad propia.

Al llegar á este punto, y al reconocer los desastrosos efectos del ejemplo que hemos dado, una de dos cosas ha de suceder: ó hemos de tener por buenos nuestros actos, ó hemos de reconocerlos por malos. Júzguelo cada cual por el criterio que quiera; pero una de estas dos cosas ha de ser.

Si tenemos por buenos nuestros actos en los que se han reflejado la tibieza, la indiferencia ó la inmoralidad, no podemos ser neutrales en la lucha religiosa. Autores ó promovedores, confesos y convictos, de la irreligion, nuestro campo es el de los que combaten como enemigos de las tradiciones católicas de nuestra patria.

Si al contrario reconocemos como malos nuestros actos en los que se han reflejado la tibieza, la indiferencia ó la inmoralidad, tampoco podemos ser neutrales en la lucha religiosa. Autores ó promovedores arrepentidos de la divergencia promovida, debemos volver sobre nuestros pasos; debemos borrar la corrupcion con la moralidad, la indiferencia con la decision, y la tibieza con el celo. En este caso, nuestro campo es el de los que defienden las tradiciones católicas de nuestra patria.

A nadie queremos hacer violencia; sea cada cual el juez de sí propio. Los que han sido autores ó promovedores de una obra, ó han de aprobarla ó desaprobala; los que han ayudado á promover una lucha, han de ser de un partido ó de otro. Todo lo pueden ser ménos neutrales, todo lo pueden ser ménos indiferentes. No hay ley, razon ni justicia que proteja su neutralidad.

Si esto no es lógico y justo, ya no sabemos lo que significan las palabras lógica y justicia.

Ya que hemos hablado con tanta claridad á los amigos, parece natural que usemos igual franqueza con los adversarios.

Decidnos, vosotros, los que pedís para España la libertad de cultos: ¿En virtud de qué estímulo, de qué principio ó de qué ley la pedís? ¿es acaso en fuerza del derecho de los ciudadanos á profesar, sin coaccion de nadie, un culto disidente? No; porque en vosotros no vemos ningun judío, ni protestante, ni musulman; y no solo esto, sino que ninguno de vosotros ha demostrado hasta ahora deseos de ser musulman, ni protestante, ni judío, ni cismático de este ó aquel género. No pedís, pues, para vosotros la libertad de cultos.

Entonces la habeis de pedir para los demás.

Para encontrar musulmanes, judíos, protestantes ó cismáticos, hemos de ir fuera de España; y ¿por dónde sabeis que hay fuera de España estos ó aquellos disidentes que desean tan vivamente domiciliarse entre nosotros? ¿en dónde están las exposiciones de miles de súbditos extranjeros que solicitan la libertad de cultos para satisfacer sus vivos deseos de venir á España? ¿en dónde están esos entusiastas protestantes que lo pasan mal en su pais, que esperan pasarlo mejor en España, y que prefieren sacrificarse antes que ir á un pais en que no puedan ejercer públicamente su culto disidente? ¿en dónde están esos judíos, esos musulmanes, esos

cismáticos, tan celosos y tan adictos á sus creencias, que pudiendo remediar en España su miseria, prefieren pasar graves é indefinidos apuros, si no pueden profesar pública y solemnemente el culto religioso que siguen? Decidnos en dónde están, porque nosotros no tenemos noticia de ellos, ni sabemos de nadie que los conozca.

Si, pues, no pedís la libertad de cultos determinadamente para tales ó cuales hombres, la pediréis sin duda de un modo indeterminado para todos aquellos, pocos ó muchos, á quienes pueda convenir. Enhorabuena. En este supuesto, pediréis la libertad de cultos en fuerza del espíritu de igualdad que os induce á ver en los que siguen este ó aquel culto, hombres, ciudadanos, hermanos cuyas creencias abandonais á su propio antojo, y las respetais lo bastante para que, por profesar este ó aquel culto, no les deseéis coaccion alguna ni privacion alguna de domiciliarse libremente en donde bien les parezca ó mas les convenga.

¿Pedís con este fin la libertad de cultos en España? Podreis decir que sí, pero no es verdad.

No queremos saber si para vosotros os son iguales todos los cultos, siendo así que os decís católicos; lo que sabemos es que el único culto que teneis á mano, lo maltratais, lo escarneceis, lo perseguís. ¿Queréis hacer esto mismo con los demás cultos, cuando les hayais otorgado libre residencia en España? ¿sí ó no? Si queréis hacer lo mismo con todos los cultos, sois enemigos de todos ellos, incluso el católico. Si no queréis hacer lo mismo con todos, y por de pronto lo haceis con el único culto que teneis delante, decid con franqueza que sois enemigos del culto católico.

Nosotros no queremos saber ni averiguar, si mañana se os antojaria destruir mezquitas, sinagogas ó templos protestantes, si los hubiese: nos basta conocer vuestra aficion á destruir iglesias católicas. No queremos saber ni averiguar, si mañana se os antojaria burlaros de un entierro de protestantes, ó de judíos ó de musulmanes, y tratariais de ridiculizar sus respectivas ceremonias; lo que sabemos es que ridiculizais las ceremonias del culto católico. No queremos saber ni averiguar si al clero de otras religiones le tratariais con respeto, y le calificariais de neo y de reaccionario; lo que sabemos es que todo el clero católico es para vosotros una coleccion de neos y reaccionarios, señalados sin distincion alguna al juicio público como un estorbo para la libertad, una rémora para el progreso y una intransigencia en lo político.

Si esto reservais para el clero de otros cultos, ó si no se lo reservais, siempre resulta que vuestro odio tiene por blanco el catolicismo.

En nombre de todos los principios dignos y de todos los sentimientos honrados, os negamos el derecho de pedir la libertad de cultos para España. Los que teniendo á mano una religion, la escarnecen, la calumnian y la persiguen, dan claro indicio de que lo propio harán con otras religiones que no son la suya. No levantemos mezquitas, ni sinago-

gas, ni templos protestantes, si mañana os ha de dar el antojo de derribarlas, como derribais ahora iglesias católicas.

No es la libertad de cultos lo que vosotros queréis, sino la libertad de no seguir culto alguno. Pedid esto, y empezareis á decir verdad.

Si no os basta la libertad de que habeis gozado y disfrutais para no seguir culto alguno, hacéosla garantir cuanto os plazca. Esto empero no os satisface, y en nombre de la libertad religiosa que pedís, atropellais la libertad religiosa de los católicos. Entonces sed francos, y decid en alta voz que sois enemigos del catolicismo.

Así nos place ver á los enemigos, desembozados y decididos. Protestad si os injuriamos al atribuirlos esa bandera; pero ved que nosotros no la inventamos. A juzgar por todos vuestros actos, el sentido comun nos dice que vosotros no sois musulmanes, ni judíos, ni cismáticos; que no teneis apego á religion alguna, y que la católica os incomoda mas que todas ellas.

¿Quereis mas pruebas de esta verdad? Os las daremos.

Por liberal que sea uno en política, por adelante que vaya en cuestiones económicas, es para vosotros un neo y un reaccionario, si habla una palabra en favor del clero y del catolicismo. Para vosotros la gran prueba de no ser reaccionario ni neo consiste en hablar mal de todo cuanto tenga resabio de católico. Si esto no es odio al catolicismo, dígalo el sentido comun, aun cuando sea por boca del mas inducto patan.

Pues bien; nosotros no queremos ser neos ni reaccionarios, y sin embargo queremos ser católicos. Tomadlo como querais, pero esta es nuestra bandera.

Hemos sido francos con amigos y adversarios. Quedan deslindados los campos, vaya cada cual al suyo.

Fuera caretas. Los que seais adversarios, no vengais con farsas de libertad religiosa y de reacciones: abajo la careta, y presentaos como sois, enemigos del catolicismo. Amigos tibios y apáticos, decidíos, abajo la careta; si os dais vergüenza de ser católicos, idos al campo enemigo.

Hablemos todos claro, y nos conoceremos.

UNA AUDIENCIA DEL PAPA

Á LOS ESTRANJEROS EN ROMA.

El lunes 22 de Febrero los extranjeros residentes en la ciudad eterna fueron admitidos á prestar al Padre Santo el respetuoso homenaje que en nombre propio y de doscientos millones de católicos esparcidos sobre la haz de la tierra habian acordado tributarle. Mas de doscientos seglares de varias naciones de Europa y de América, algunos de la mas alta categoría, llenaban á las doce del dia el gran salon del Consistorio y cayeron instantáneamente de rodillas al aparecer el Pontífice, quien sentado debajo de su modesto dosel oyó con tierna complacencia el siguiente mensaje leído en frances:

«Beatísimo Padre: Todos los años por este tiempo acoje Roma en sus muros hospitalarios á millares de extranjeros que de todas las partes del mundo acuden presurosos, no tan solo para admirar los incomparables monumentos y los prodigios que las artes y la ciencia de veinte siglos han acumulado aquí, sino mas bien y sobre toda otra consideracion, para fortificarse en la fé, visitando con respeto los santuarios, que dan glorioso testimonio de tantos mártires y de tantos milagros de la gracia divina.

«Nosotros, á nuestra vez, hemos llegado tambien de tierras muy diversas y apartadas; pertenecemos á naciones muy distintas entre sí por la lengua, por las costumbres y por las ideas; pero admitidos en buen hora á vuestra presencia, Santísimo Padre, tan solo un pensamiento nos anima: todos nos sentimos hijos vuestros, miembros todos de la misma familia, y mejor que nunca comprendemos el deber y la importancia de no formar mas que una grey bajo un solo Pastor.

«Sin duda para avivar en nosotros la conciencia de este deber, la Providencia divina ha querido en su bondad que atravesemos por un periodo en que de nuevo se desatan las iras contra la Iglesia y el odio contra los fieles á la enseñanza de Jesus crucificado.

«Si en medio de tantos y tales trastornos, gozamos felizmente el beneficio de poder visitar en paz las tumbas de los Apóstoles, al Soberano Pontífice es debida tanta dicha; á la prudencia, á la firmeza, al inquebrantable valor con que vuestra Santidad defiende el cetro temporal que de Dios ha recibido. Gracias damos al Señor una y mil veces por que ha permitido que esa corona os fuese arrancada, y al cielo pedimos, con eficaz esperanza en lo porvenir, su proteccion para la soberanía y para la completa independendencia de la Santa Sede.

«No es solo de la calma profunda que reina en esta Ciudad Eterna de lo que nos declaramos deudores á vuestra Santidad; vos sois, Santísimo Padre, quien con sus manos generosas sostiene las columnas sobre que descansa el edificio del orden social en todos los pueblos civilizados; orden social de que ningún estado, sea cual fuere en él la forma de gobierno, puede prescindir sin que al punto se estremezca y vacile en sus cimientos. Cuanto mas se combate esta verdad en nuestros dias, mas evidente y pavoroso se hace para todos los espíritus rectos el peligro de desconocerla, y mejor se comprende por todas partes hasta qué punto la autoridad de la Santa Sede es necesaria para la conservacion de los mas altos intereses de la humanidad entera.

«Y de esperar es tambien, Santísimo Padre, que esta conviccion penetre y se arraigue con mayor fuerza por efecto saludable del Concilio general que vuestra Santidad se ha dignado convocar para fines de este año. De esperar es que el Concilio, nueva y radiante corona de vuestro pontificado para siempre memorable, abra los ojos de aquellos que yacen en error, proclamando de una manera mas solemne todavia las verdades que vuestra Santidad no ha cesado de repetir, y logre por último llevar de una vez á los pueblos por el camino de la salud, único en que todos los problemas de nuestra época pueden hallar solucion conforme á la ventura y al bienestar de la sociedad, aun en la esfera del tiempo.

«Movidos, pues, por el mas vivo impulso de veneracion y de gratitud, venimos hoy á ofrecer á vuestros piés, Santísi-

mo Padre, el homenaje de nuestra adhesión filial, así en nuestro propio y personal nombre, como en nombre de nuestras familias y de nuestros amigos que no han tenido la fortuna de acompañarnos á Roma, pero que se identifican con nosotros por los lazos de la fé y de la misma inviolable fidelidad y tierno amor hácia la augusta persona del Vicario de Jesucristo. Para ellos, como para nosotros, al suplicar á vuestra Santidad que se digne acoger este homenaje, pedimos humildemente la apostólica bendición.»

Terminada la lectura de este documento, notable por su sencillez como por las afirmaciones y doctrina que contiene, el Padre Santo se levantó; y en frances puro y correcto, con entonación paternal y augusta á la vez, pronunció el siguiente discurso cuya exacta reproducción es de todo punto imposible.

«Recibo, dijo el soberano Pontífice, con la mayor complacencia y gratitud la expresión de los sentimientos que os animan, y que á la vez animan á muchos millares y millares de católicos: yo ruego desde el fondo de mi alma por todos los que ruegan por mí. Dirijo la mirada á todas las regiones del mundo, señaladamente á la Europa: comienzo por la izquierda, y veo á Portugal y á España, y elevando mi pensamiento hácia aquellos grandes santos San Francisco Javier, San Leandro, San Isidoro, los pongo por intercesores en favor de tan noble tierra; miro la Francia, y con toda efusión evoco á San Dionisio y á San Luis; me fijo en la Alemania, y al punto acudo á San Juan Nepomuceno; pienso en la Polonia, en la Hungría, y ruego á San Estanislao y á San Esteban; en la Inglaterra, y San Agustín y Santo Tomás de Cantorbery vienen á mi memoria; y así de la Bélgica, y de la Holanda, y de todos los otros países con sus santos y sus mártires gloriosos. Las grandes figuras de San Cipriano, San Gregorio Nazianceno y San Gregorio Nizeno, me llevan en espíritu al Africa; San Juan Crisóstomo al Oriente; el tierno y religioso recuerdo de Santa Rosa de Lima y de Santo Toribio, me conduce á la América. Y después de este largo viaje, recogíendome en mí mismo y examinando el estado del mundo, mi alma se llena de dolor al ver la triste agitación que conmueve á los pueblos y turba los reinos. No hay que fatigarse mucho para averiguar la causa y principio de tanta desdicha; todos la conocéis. El espíritu de soberbia, el orgullo, enemigo perpétuo de toda autoridad, deja sentir por donde quiera su influencia maléfica. ¡Cuán grato me es, hijos míos, en medio de tanta tribulación, veros hoy aquí á todos, representando muchos otros millares de diversas lenguas y naciones, rodeando á la Santa Sede como una sola grey unida por el lazo santo de la religión! Aquel espíritu de soberbia, aquel orgullo que comienza su triste obra en el Paraíso, diciendo al primer hombre por boca de Satán: *Será Dios*, y á Eva: *Serás diosa*; aquel es el que, trastornando las nociones del orden y de la obediencia, produce en nuestros días tantos males y desgracias. Contra ese espíritu, y para remediar esas desgracias y esos gravísimos males, opongamos la fuerza de nuestra unión inquebrantable; frente á las huestes reunidas de la iniquidad, aparezcamos compactos los que seguimos la ley santa de Jesucristo.

«Vosotros, hijos míos, á mi derecha, fieles siempre á los principios eternos que se simbolizan en esta Santa Sede, inculcad en vuestros hijos cristianamente educados estos mismos sentimientos, y tengamos siempre esperanza en el Dios de las misericordias. En tanto, como testimonio de paternal

amor y como augurio de ventura, yo invoco desde el fondo de mi alma para vosotros y para vuestras familias la bendición de Dios nuestro Señor. «Pastor bueno, dignate de escuchar nuestras plegarias, y que todos los presentes y sus familias, por tu divina misericordia, aquí y en la eternidad sean benditos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

Estas últimas palabras, dice el *Siglo*, fueron pronunciadas por el Santo Pontífice con un acento de ternura, con un tono de celestial inspiración tan superiores á todo sentimiento humano, que ninguno de los que de rodillas las escuchaban dejó de llorar, sin que se avergonzase de dejar correr sus lágrimas hombres de estado que han regido los destinos de grandes naciones de Europa y de América, generales mil veces probados en el campo de batalla, sabios y artistas conocedores del mundo y habituados á sus emociones. El Padre Santo dió después á besar el pié y la mano á todos los concurrentes.

Así terminó una manifestación que, si en todos tiempos es significativa, lo es doblemente en los actuales, de casi general perturbación en las ideas. El mensaje dirigido al Padre Santo fué deliberado, escrito y aprobado por una comisión en que había individuos pertenecientes á Prusia, Austria, Inglaterra, Francia, España, Portugal, Norte-América y á algunos otros estados. No hay asunto humano sobre que hubieran podido ponerse de acuerdo escritores de tan diversas y apartadas naciones y escuelas: para dar forma á una exposición de verdades que están en más alta esfera que los intereses de la política y las ambiciones de los hombres, necesitaron solo cortísimos debates. Ciertamente que es esta una gran lección para los sofistas y autores de sistemas que traen desquiciada á la sociedad, y convertida en caos la que debiera ser región serena del orden y de la justicia.

Hombres eminentes de todas las naciones, reunidos por el azar en Roma, se complacen en afirmar que, fuera de la doctrina y de la autoridad de los principios que proclama y simboliza la Santa Sede, no hay salvación posible para las sociedades modernas; agitadas por un vértigo que solo puede conjurar la doctrina salvadora del catolicismo. Pasarán las locas alegrías de los revolucionarios, se disiparán como el humo los alcázares de su soberbia y de su gloria, y la verdad prevalecerá, y las palabras de Pio IX, eco fiel de las que en todo tiempo pronunció la Iglesia de que es jefe, llegarán al corazón de las muchedumbres, engañadas ahora torpemente por unos pocos soberbios sin fé, sin sabiduría y sin conciencia.

En tanto, nosotros creemos llevar al alma de nuestros lectores, atribulada por el espectáculo que España está ofreciendo cinco meses hace, un verdadero consuelo con la reseña que este artículo contiene. Entre los extranjeros que prepararon el mensaje, entre los que acudieron á presentarlo á Su Santidad, ya lo hemos dicho, había españoles cuya fortuna en tal ocasión sinceramente envidiamos: no ha permitido Dios que la nación católica por excelencia dejara de tener alguno de sus hijos allí donde se trataba de una solemne y colectiva manifestación de amor y reverencia á la Santa Sede, de íntima y filial adhesión á Pio IX.